LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 7 DE NOVIEMBRE DE 1887 — NÚM. 306

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

PERROS NORMANDOS, cuadro de C. O. de Penne, presentado en el último «Salón» de París

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*El juramento*, por la Baronesa de Wilson.—*A todo hay quien gane*, por don Antonio de Valbuena.—*La historia en el lenguaje*, por don E. Benot.—*Física sin aparatos.*

GRABADOS.—*Perros normandos*, cuadro de C. O. de Penne.—*La consigna*, cuadro de Julio Ehrentraut.—*Conducidos por el amor*, cuadro de J. Spiridon.—*¡Qué miedo!...* cuadro de León Olivié.—*El gorila*, grupo escultórico de Fremiet.—*A la sombra*, cuadro de Luis Rossi.—*El octavo no mentir*, cuadro de Noé Bordignon.—*Física sin aparatos.*

NUESTROS GRABADOS

PERROS NORMANDOS, cuadro de C. O. de Penne

Si nosotros fuésemos pintores y tuviéramos las facultades artísticas del autor de este cuadro, afirmamos desde luego que no nos dedicaríamos á pintar perros. Quizás influyese en ello la circunstancia de que á los malos pintores se les llama vulgarmente pintamonas; y como entre los cuadrumanos y los cuadrúpedos, entendemos que la ventaja es en favor de los primeros, si el pintamonas es un mal artista, ¿cuál juicio formaría el público del pintaperros?

Y sin embargo, la pintura *animalia* es una especialidad del ramo: desde el insigne Friese, que tan enérgicamente pinta los animales feroces, hasta el no menos insigne Giacomelli, que parece haber sido pájaro antes de ser pintor; una porción de artistas distinguidos se han sentido inclinados á la reproducción de irracionales. Ni discutimos el género ni menos podemos excluirlo. La naturaleza entera cae bajo el dominio del arte: en éste, bien entendido, no cabe distinguir sino entre lo bueno y lo malo, considerado bajo el punto de vista de su ejecución.

Penne ha pintado una trailla sobre fondo de un paisaje que, aun cuando no constituya lo principal de la intención artística, no deja de ser muy recomendable. Y pues los cinco perros están perfectamente estudiados y su estampa y condiciones honran á su especie; respetemos el derecho de Penne, digamos sin reticencia que su obra es buena, y tanto mejor para el artista si algún cazador, tan dotado de entusiasmo como de metálico, paga por el cuadro lo que el cuadro realmente vale.

LA CONSIGNA, cuadro de Julio Ehrentraut

Hanle dicho: – nadie pase, – y nadie pasará si no es por encima de su cuerpo. De seguro que alguno trata de romper la consigna; pero nuestro cortesano ha adoptado una actitud resuelta y hay que mirarlo mucho antes de empeñar la lucha. Los palaciegos del tiempo de Enrique III, debajo de su afeminado traje, tenían el alma muy en su armario, como decirse suele, y más de una vez el pavimento de los alcázares fué manchado, por aquel entonces, de sangre azul y de todos colores. Alerta, pues, con el centinela, que tiene el continente de tirador experto, la vista fina, la cabeza ligera y la mano pesada.

CONDUCIDOS POR EL AMOR, cuadro de Spiridon

Un paisaje risueño y espléndido, un horizonte sereno, un lago de cristalina tersura, unos cisnes que nadan sin cuidado, una barca con colgaduras de flores, dentro de la barca una pareja amante, y el amor al remo... Si esto no es poesía, confesamos que no se nos alcanzan las bellezas de Virgilio. Pero esté tranquilo el autor de este lienzo; nadie que entienda de esta suerte de achaques ha de negar que su composición es una perfecta alegoría del amor afortunado que surca sin obstáculos el mar de la vida. Todo, en tales casos, es riente; todo está saturado de belleza, todo respira felicidad, todo invita á la confianza y al abandono. La mujer amante tiene fe completa en el hombre elegido; el hombre enamorado responde de la constancia de la mujer bendita... ¿Quién ha sido el audaz misántropo que se ha permitido calificar la tierra de valle de lágrimas?

Ello, empero, la seguridad de la frágil embarcación depende del remero, y el remero, ya lo hemos dicho, es amor, es un niño; y como tal, imprudente y antojadizo. La barca no puede permanecer indefinidamente en el lago; más tarde ó más temprano ha de atracar en tierra: esta tierra se llama la realidad de la vida; abundan en ella los bandidos y está erizada de precipicios. ¡Permita Dios que cuando amor deje el remo, el Angel de la Guarda guíe á los amantes!

¡QUÉ MIEDO! cuadro de León Olivié

Una travesura infantil da asunto al artista para pintar su lienzo que involuntariamente llama la atención por su frescura y seguridad de forma. La idea no puede ser más sencilla, pero la ejecución no puede ser más acabada. Es imposible expresar de más clara manera la superioridad del un muchacho sobre el otro, la alegría maliciosa del más avispado y el terror instintivo del miedoso. Por supuesto que nadie se acuerda del crustáceo que da lugar al argumento y que, á pesar de servir de espantajo, no es probablemente el menos espantado.

EL GORILA, grupo escultórico de Fremiet

Es indudable que el autor de esa colosal escultura no se ha propuesto hacerse agradable al público. En cambio ha demostrado su pujanza en el arte que profesa, y si su obra terrorífica á puro verdadera, no sirve para adornar el *boudoir* de ninguna dama sensible, puede constituir un magnífico ejemplar en cualquier museo de Historia natural, en la seguridad de que ni aun lo verdadero había de ser más verdadero que el gorila de Fremiet. No cabe manera de representar más gráficamente la fuerza y la sensualidad brutalísima de ese animal, que roba una mujer y defiende su presa con la facilidad de la niña que se aleja con su bebé y la fiereza del bandido resuelto á entablar una lucha á muerte. Este grupo ha ganado la Medalla de honor en la última Exposición de París.

Á LA SOMBRA, cuadro de Luis Rossi

Dice un crítico italiano, ocupándose del autor de este cuadro, que, físicamente considerado, es un hombre de estatura baja, de frente alta, cuya mirada respira observación y vida; dos condiciones que constituyen su talento artístico. Rossi es considerado como uno de los primeros profesores de la *escuela lombarda*, porque hay que advertir que la exuberancia artística de aquel bendito país ha dado lugar á tantas escuelas cuantas son sus principales provincias, y existen ya, aparte la citada escuela lombarda, la veneciana, la milanesa, la napolitana, la florentina, y la cosmopolita, ó sea la romana.

El autor de nuestro cuadro prepondera en dos géneros de pintura; el retrato, en el cual ha sido comparado á Murillo y Van Dyck; y el paisaje, en que tiene pocos superiores. *A la sombra*, es una obra en que la verdad y la poesía se han concertado hábilmente á fin de producir un conjunto sumamente agradable, realzado por esa luz y color que parecen monopolizar los artistas que han estudiado el sol y el cielo de España y de Italia.

EL OCTAVO NO MENTIR, cuadro de Bordignon

Delicioso grupo de jóvenes venecianas, modelo de naturalidad y admirable de expresión. Una de esas jóvenes, con inocente intención sin duda, puesto que su semblante no revela malicia, cuenta algún chisme ó cuelga algún milagro á otra de sus compañeras, á la cual hace maldita la gracia. Sin embargo, la mentira debe ser muy burda y transparente, por cuanto la acusada, lejos de tomarla á pecho, se ríe descaradamente del mal efecto que produce la invención. Es muy posible que se trate de la suplantación de algún amante, y esto explicaría perfectamente la actitud de alarma y enojo adoptada por la ofendida.

Esta explicación no la necesita el cuadro, pues á su simple vista surgen los sentimientos que animan á sus tres figuras principales. Y con toda intención decimos *animan*, porque es difícil dar mayor vida á un asunto por medio del dibujo y del color. Rasgos tiene esta obra que recuerdan la vigorosa factura de los más insignes maestros del arte.

EL MUNDO AMERICANO

EL JURAMENTO

EPISODIOS DE LA GUERRA DEL PERÚ

I

Cuando la noche suave y tranquila tiende su manto de sombras, cuando en las inmensas *sabanas*, en los áridos arenales, al pie de los gigantescos Andes, cuyas cimas desaparecen entre níveos vapores, se contempla el pabellón azul en el cual poco á poco van apareciendo y alfombrándolo millares de diamantinas luces que preceden á la melancólica peregrina, reina de la noche, el pensamiento se pierde en las regiones de lo infinito, y esos faros y ese océano de misteriosa luz nos hablan con elocuente voz.

Globos de plata, mares de plácidas ondas y horizontes de azulados celajes, que ponen en relieve la majestuosa obra del Hacedor.

Chispas abrillantadas, destellos suaves y astros de vívido esplendor, que seducen y encantan y giran como soberanos en ese golfo de ignorados misterios.

En el universo de las estrellas hay también jerarquías y superioridades.

Meteoros que hacen sentir su influencia y dejan eterna huella.

Otros que como la violeta se ocultan y viven en la sombra, pero como las flores de primavera, ostentan la juvenil aureola, la risueña gracia y el atractivo de los ángeles, prodigando destellos de suave brillo y embelleciendo la existencia.

Hay estrellas que entre los velos de lo misterioso, exhalan perfumes de virtud y de paz.

También engalanan la esfera en que se agitan y son el gozo de las almas privilegiadas y la esperanza de su porvenir.

Astros de la tierra son las mujeres. El hogar es su cielo.

Hemisferio en donde hay también planetas de pálidos fulgores ó de vivida luz.

Firmamento con crepúsculos y auroras, con armonías celestes y dicha sin fin.

II

La capital peruana, la alegre Lima, es un horno durante los meses de diciembre hasta marzo.

El aire es fuego, y millares de familias buscan fresco y solaz en los jardines de Miraflores, del Barranco y de Chorrillos, centro de la buena sociedad limeña.

Costosos y elegantes *ranchos* (1) sirven de morada á las mujeres más graciosas del universo, y la alegría y la animación, cual inseparables compañeras, presiden todas las fiestas de la pintoresca temporada.

Los ranchos están profusamente iluminados; el cielo, puro y diáfano, lo está también por millares de estrellas.

En el Malecón, precioso paseo á orillas del mar, se oyen los acordes de la orquesta, y una multitud compacta, sentada ó paseando, disfruta de la brisa, antídoto para el calor.

Las olas suspiran mansamente y van y vienen sin descansar jamás.

Las limeñas, vestidas de blanco, sin otro adorno que su brillante cabellera y sus magníficos ojos, asemejan á la primera ilusión del poeta y hacen soñar con las huríes que promete Mahoma á sus adeptos.

Y sin embargo, á pesar del bullicio y de la alegría, algunos corazones estaban tristes en una noche del mes de marzo de 1880 y la inquietud paralizaba la característica expansión.

El Malecón presentaba su aspecto de siempre, pero la guerra del Perú y Bolivia con Chile preocupaba á todas las clases y con ansiedad se aguardaban periódicos y boletines.

Ya habían ocurrido los primeros desastres: ya el inmortal Grau había sucumbido á bordo del *Huáscar*; ya en varios encuentros se lamentaban derrotas y pérdidas considerables.

(1) Ranchos: nombre que han conservado las quintas y que tenían anteriormente las chozas habitadas por los indios, y las casitas que alquilaban en el verano á las familias de Lima.

En un *rancho* cercano al Malecón, en el corredor que servía de entrada, estaban dos personas.

Un hombre como de treinta años, de marcial presencia y noble fisonomía, y una joven delgada y pálida.

Él era coronel del ejército y ella hija de uno de los jefes en campaña.

—La encuentro á V. más triste que otras veces, María: su salud, apenas restablecida, vuelve á inspirarme temores.

—Aseguro á V. que estoy bien, me entristece la guerra y tiemblo no sólo por mi idolatrado padre, sino por mis amigos y por mi patria.

—También yo tendré que partir.

—Pues qué, ¿ha recibido V. la orden?

Y la voz de María temblaba al interrogar al coronel.

—No: aun no: pero la aguardo y la deseo: todos los peruanos debemos correr á la lucha y triunfar ó morir.

Ambos guardaron silencio hasta que el coronel, como si hiciera un esfuerzo, dijo:

—No quiero perder el último tren, porque ansío ver los periódicos... hasta mañana, María; cuídese V.: no permanezca ya en el corredor, porque el relente puede hacerle daño.

Y estrechando la mano de la joven bajó las escaleras y se alejó.

—¡Dios mío!—murmuró María,—salvad de todo peligro á mi padre... Dice Mauricio que también partirá: otro nuevo dolor: ¡le amo tanto! y este amor ignorado por todos, ni aun él lo comprenderá jamás: me quiere como á una hermana, se interesa fraternalmente por mí... y yo le amo con todo mi corazón.

III

María Bonalde era una sensitiva: uno de esos frágiles y delicados seres que, para vivir, necesitarían caminar siempre sobre alfombra de flores y no encontrar jamás espinas y abrojos.

Desde niña había sufrido continuamente y su alterada salud la hacía objeto de los mayores cuidados.

Aun no habían pasado sino algunos meses desde que su vida había estado en peligro y sus tres hermanas que la adoraban y su padre la condujeron á la sierra, á Matucana, lugar propicio para las naturalezas débiles.

Allí María encontró la salud, pero la convalecencia había sido lenta, y todavía, ya de vuelta en Chorrillos, la calentura la agobiaba algunas noches y la menor impresión era causa de retroceso.

Al día siguiente de su conversación con el coronel, estaba la joven impaciente é inquieta.

Con febril inquietud se apoderó de los periódicos; leyó *La Patria* y *La Opinión Nacional*, y al recorrer las páginas de *El Comercio*, dejó escapar un grito de dolor.

—¿Qué sucede? – la preguntó Carolina, su hermana mayor, acercándose á ella.

—Nada: ¡siempre estáis asustadas conmigo! no sirvo en la vida sino para mortificar á mi familia.

Y María se levantó sollozando y subió á su cuarto.

—Está nerviosa,—pensó Carolina:—pero, ¿no habrá visto algo en los periódicos?... acaso mi padre...

Carolina, con temeroso cuidado, buscó las noticias de la guerra: nada encontró.

—No hay nuevos desastres: siempre lo mismo: ¡ah! el coronel Ortega ha sido nombrado para marchar inmediatamente al campamento: Dios lo vuelva con bien y á todos nuestros amigos... Está María tan delicada, – añadió Carolina dirigiéndose á una hermosa joven que acababa de entrar, – que me parece debíamos impedir viera los periódicos... á cada instante recibe nuevas impresiones... ya un amigo, ya la ansiedad en cada batalla, temiendo ver el nombre de nuestro padre...

—Sí, sí; mejor será que antes de que ella vea los diarios pasen por nuestras manos,—contestó Teresa, la menor de las hermanas.

IV

El coronel Mauricio Ortega llegó á Chorrillos aquella noche más temprano que de costumbre.

Al saludar á Carolina, ésta le dijo:

—¿Con que también nos abandona V.?

—¿Sabía V. que estaba nombrado para marchar al ejército de operaciones?

—Lo he visto en *El Comercio*.

—El deber y el honor me hacían desear ir también á batirme.

María no pronunció una palabra, pero la palidez que cubría su semblante acusaba intenso sufrimiento.

Ortega se acercó á la joven y la dijo:

—¿Por qué la encuentro á V. tan preocupada? Creo que hoy no ha salido V. ni ha seguido todos los consejos del médico.

—Es verdad: esta guerra acabará conmigo.

—Vamos, María, salga V. al corredor; el aire tendrá saludable influencia para alejar ese abatimiento.

La débil criatura obedeció como un niño y se dejó guiar hasta una mecedora, en la cual tomó asiento: Ortega ocupó una silla á su lado.

A poca distancia estaba el Malecón y la luna esparcía su melancólica luz y rielaba en las tranquilas ondas del mar.

—María,—dijo Ortega en voz muy baja;—ya sabe usted que voy á partir: ya sabe V. que soy soldado y patriota.

La joven clavó en el coronel su mirada, y un suspiro contestó á las anteriores palabras.

—Antes de marchar,—continuó Mauricio,—deseo confiar á V. un secreto y exigirla una promesa.

—¿Un secreto? ya sabe V. que lo guardaré religiosamente: V. es el amigo más fiel en esta casa y mi padre quiere á V. como á un hermano.

—¿Y por qué no podría ser como á un hijo? Hace largo tiempo que su carácter de V., su dulzura, su misma naturaleza débil y enferma han interesado mi corazón; y lo confieso; los cuidados, los temores y mi inquietud cuando V. estuvo en Matucana y que expresaba en las cartas que continuamente escribía á Carolina, no eran efecto sólo de cariñosa amistad; el amor, amor profundo é inmenso, me hacía estar desesperado...

El corazón de María estallaba; latía con violencia: sus manos temblaban y con los ojos bajos escuchaba.

Las palabras de Ortega eran como una música deliciosa, y ni aun se atrevía á pronunciar una palabra, temiendo fuera un sueño y no una dulcísima realidad.

¡Ella amada! ella que no podía creer inspirar ese sentimiento por su debilidad y enfermiza naturaleza! ¡ella correspondida por el hombre á quien adoraba!

No podía dudar: el caballeresco Ortega era incapaz de engañar á una niña: decía que la amaba: debía creerlo.

—La amo á V. con toda mi alma, María, y á mi vuelta la haré mi esposa, porque V. me amará, ¿no es cierto? ¿podré aspirar á ser su compañero, su apoyo, su todo?

Estas apasionadas frases despertaron á la joven del deleitoso arrobamiento en que estaba sumergida y exclamó:

—¡Ah, Mauricio! V. se marcha, las balas son traidoras... ¡Dios mío, Dios mío! la idea de su partida me mata.

—¿Luego me ama V.?

Y el coronel tomó una mano de María, y la estrechó con pasión.

—¿Por qué negarlo? también, – añadió ruborizándose, —también desde hace largo tiempo.

—Pues bien, amada mía, te exijo una promesa: permíteme que al alejarme abandone ya entre nosotros el ceremonioso usted: te exijo un juramento, repito.

—¿Cuál?

—Que guardarás el secreto de nuestros amores hasta mi vuelta: hasta que tu padre pueda concederme tu mano.

—Te lo juro;—contestó María con débil acento.

—Quiero que hasta entonces, sólo tú sepas que vives en el santuario de mi pecho.

—Y tú en mi corazón.

—Toma: aquí tienes mi retrato; expresamente lo he mandado nacer para tí. Es pequeño y lo puedes tener oculto.

—No me abandonará un momento.

Con las manos enlazadas y confundidos por el pensamiento, permanecieron algunos instantes.

LA CONSIGNA, cuadro de Julio Ehrentraut

La voz de Carolina los sacó de su enajenamiento.

—Mi hermana llega.

—Antes, corazón mío, te daré el abrazo de despedida y el beso del prometido esposo.

V

Ortega partió y María, más triste y abstraída que nunca, pasaba horas y horas, semanas y meses recordando la última entrevista y temiendo por el porvenir.

La guerra se encarnizaba: chilenos y peruanos se batían con igual denuedo, aun cuando los primeros estaban protegidos más particularmente por la victoria.

Una noche se encontraban varias personas en casa de María. La lucha arreciaba y las limeñas habían abandonado Chorrillos temiendo la anunciada llegada de los chilenos.

Sólo María y sus hermanas permanecían en su rancho, allí estaban más aisladas que en su casa de Lima; sólo recibían á los más íntimos amigos. Los boletines se sucedían unos á otros.

Las esperanzas eran pocas: el Perú sucumbía, y en esa hermosa tierra, en esa tierra rica y privilegiada, la guerra ejercía su imperio destructor.

Multitud de prisioneros aguardaban en Valparaíso, en Santiago y en San Bernardo el final de la contienda.

La mayor parte de las familias llevaban luto en el corazón y en los vestidos.

Un muchacho gritaba en el Malecón:

—El último boletín. Última batalla, muertos y heridos.

—El boletín,—exclamaron todos los que se encontraban en casa de María.

Y una joven amiga suya se lanzó al corredor y lo tomó de manos del muchacho.

Volvió á la sala, se acercó á la mesa y empezó á leer.

El silencio era profundo: la emoción general.

María apenas respiraba y tenía fijos los ojos en la lectora.

Esta leyó los detalles, nombró á los heridos y llegó á la lista de los muertos.

—El coronel Mauricio Ortega, – dijo,—es el primero.

María ahogó un grito: sus convulsas manos se apoyaron sobre el corazón y, en medio de las manifestaciones de sentimiento y de las palabras consagradas á la pérdida de un amigo, desapareció del salón sin ser vista y corrió á encerrarse en su cuarto (1).

Una hora después la misma joven que leyó el boletín exclamó:

—¿En dónde está María?

—En su cuarto sin duda,—contestó Carolina, y añadió:—¡Pobre Ortega! ¡cuánto le queríamos!

VI

María estaba arrodillada delante de un Cristo de marfil, colocado á la cabecera de su cama.

Sollozaba y en sus manos tenía un objeto, que llevaba convulsivamente á sus labios.

—¿Qué te sucede? ¿lloras? ¿sufres?—exclamó su amiga entrando y acercándose á ella.

—No, no tengo nada,—contestó enjugándose las lágrimas.

—¡Imposible! estás pálida como una muerta: avisaré á Carolina: creo que sube ya.

—No; te lo suplico, nada le digas.

—Pero...

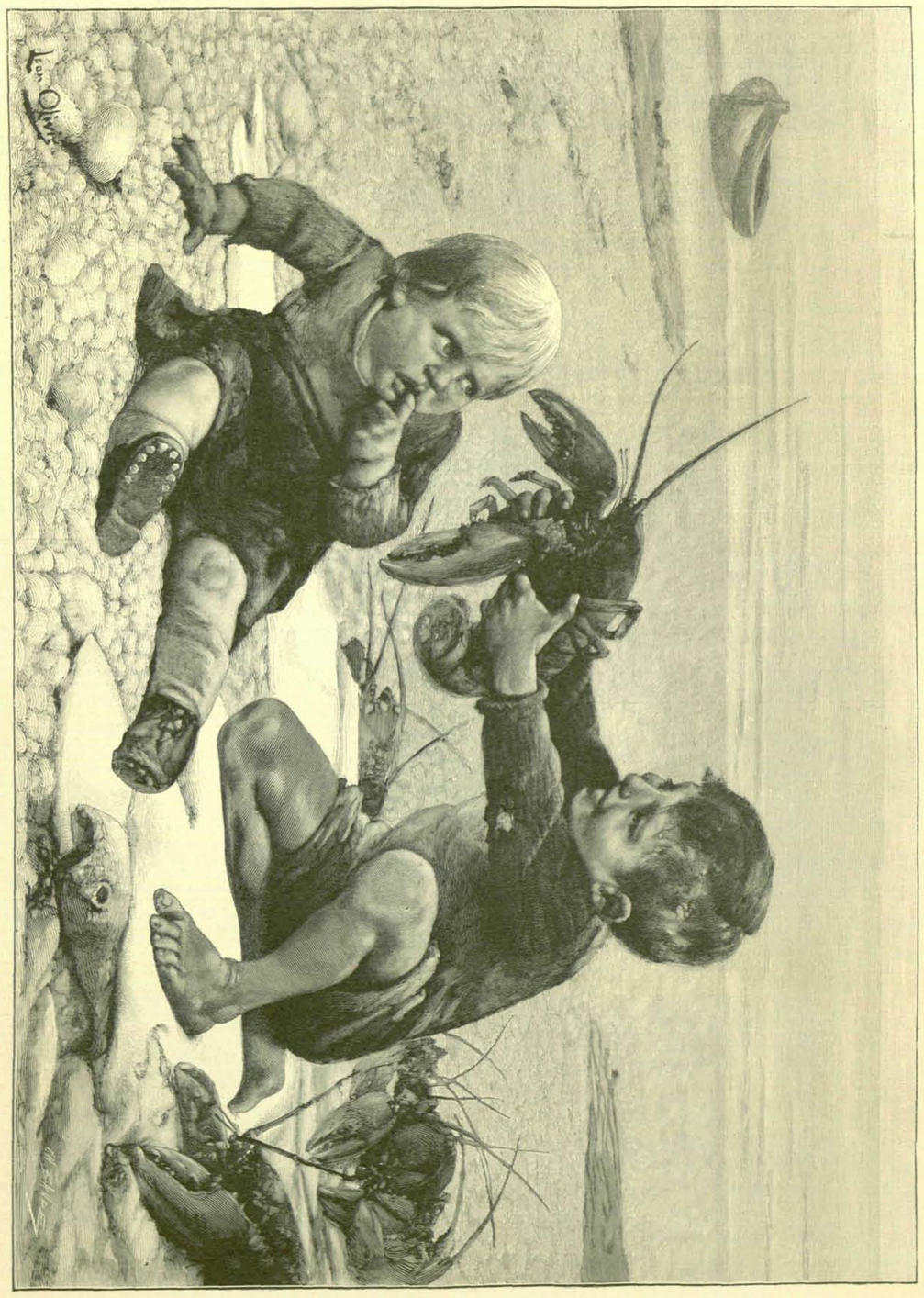
—Se alarmarían y sus cuidados me impedirían estar sola: además, esto les haría sufrir.

Entraron sus hermanas, pero aparentó tanta tranquilidad y tal deseo de descansar que se alejaron.

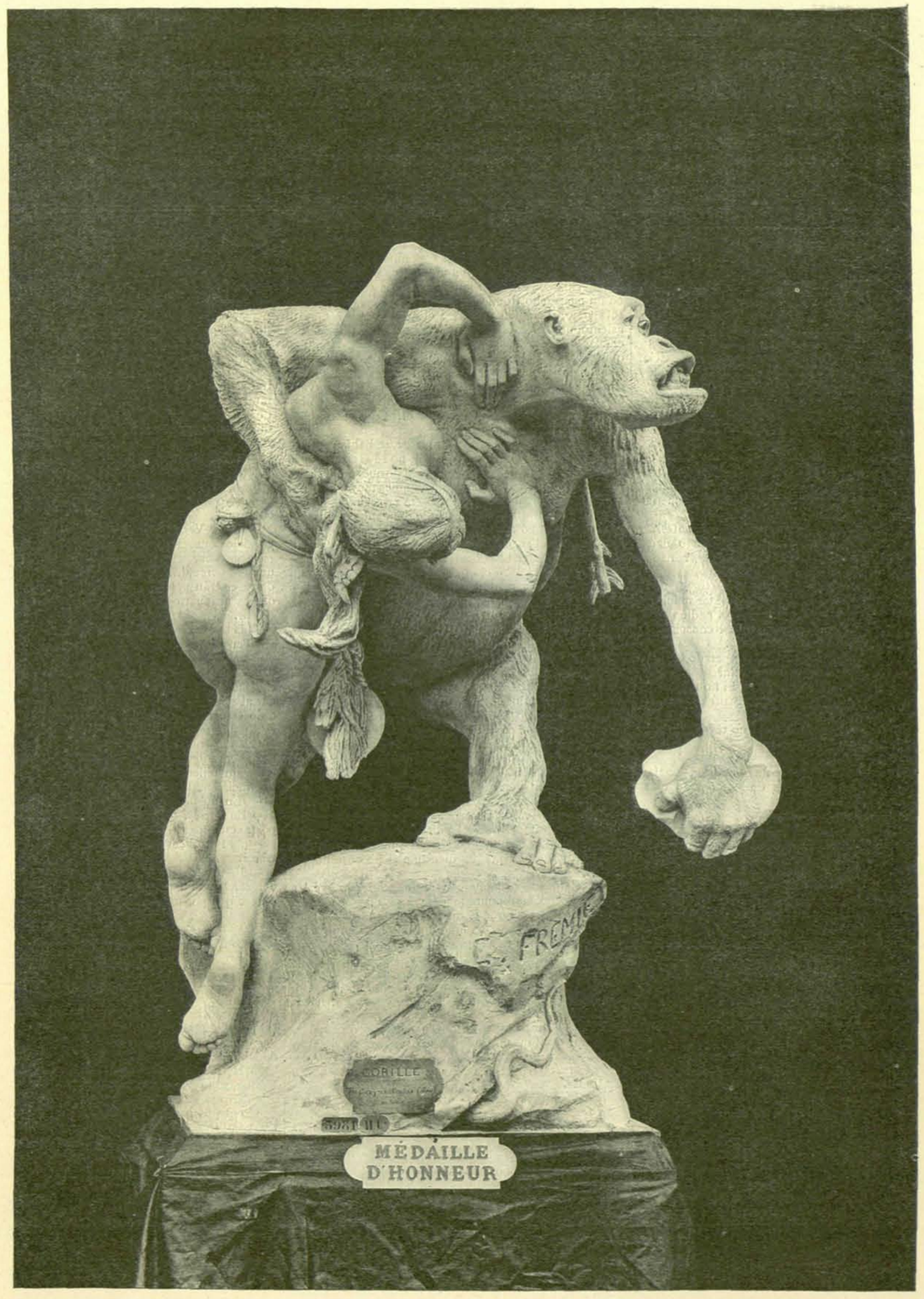
(1) Esta narración es exactamente histórica.

CONDUCIDOS POR EL AMOR, cuadro de J. Spiridon

MINISTERIO DE EDUCACIÓN



¡QUÉ MIEDO! cuadro de León Olivié, presentado en el último «Salón» de París



EL GORILA, grupo escultórico de Fremiet, premiado con Medalla de Honor en el último «Salón» de París

– Me quedo un momento más con ella,—dijo su amiga.

Apenas salieron, María rodeó con sus brazos á la joven derramando copioso llanto.

– Mira, mira,—le dijo.

Y entre sus crispados dedos mostraba el retrato de Ortega.

– ¿El coronel?

– Sí: era mi prometido; ahora sólo nos uniremos en la tumba.

. . . . . .

Con un valor heroico ha guardado María su secreto, y ni sus hermanas ni su padre han conocido jamás que desde la muerte del coronel Ortega, María está herida en el corazón y que su vida se apaga lentamente.

Jamás nombra al coronel, aun cuando ese nombre está constantemente en su pensamiento y en el misterioso santuario de su pecho, en donde le rinde apasionado culto.

LA BARONESA DE WILSON

Á TODO HAY QUIEN GANE

Nos encontramos en la calle del Clavel, cerca de la puerta de mi casa, que era el número 8, y me dijo Luis, dándome un abrazo:

—¡Chico, cuánto me alegro de encontrarte!

—Yo también me alegro, como siempre.

—¡Ah! pero yo muchísimo más: no puedes figurártelo. ¿Sabes?... soy el hombre más desgraciado del mundo.

—¿Estás seguro de ello?

—Segurísimo; no puede haber nadie tan desgraciado como yo en toda la redondez de la tierra: tienes que venir á almorzar conmigo...

—No veo la relación entre el almuerzo y la desgracia, pero almorzaremos juntos si quieres. Dime dónde me esperas para cuando vuelva de hacer la visita á los pobres de la Conferencia de San Vicente... ó ven conmigo. Tengo enfermo á mi compañero de visita. ¿Por qué no habías tú de acompañarme?

—Bueno, pero ¿no sería lo mismo almorzar antes?... Después te acompaño á donde quieras: no tengo nada que hacer y aunque lo tuviera no estoy por hacer nada. ¡Qué desgraciado soy!

—Pero hombre, ¿por qué?

—¡Ay, querido Antonio! te tengo que contar muchísimas cosas. Necesito contárselas á alguno y á nadie mejor que á tí que sé que me quieres y harás por consolarme. Me has venido hoy como llovido del cielo.

—Pues no tenías necesidad de haber esperado esa lluvia. ¿Por qué no venías á buscarme á casa?

—¿Crees que me acuerdo dónde vives? Si no me acuerdo de nada, hombre, de nada absolutamente... ¿No sabes lo que me ha hecho Cecilia?

—No; pero se me figura que sé lo que no te ha hecho... No te ha hecho caso...

—¿Quién te lo ha dicho?...

—Nadie me lo había dicho hasta ahora; lo suponía.

—Pero hombre, ¿y por qué has de suponer tú esas cosas? Lo raro es que aciertas...

—No es lo raro, es lo natural...

—¿Lo natural? ¿Te parece á tí natural que una mujer tan buena como Cecilia... porque es muy buena, ya sabes que es muy buena, y además es preciosa, eso sí, preciosísima, alta, esbelta, rubia, sonrosada, con unos ojos tan azules y tan hermosos, y una sonrisa tan encantadora, y una voz tan dulce, y un andar tan majestuoso y tan elegante, y un aire y un todo tan aristocrático y tan distinguido, y unos ojos?...

—Sí, muy hermosos y muy azules; creo que ya lo has dicho.

—Es verdad, pero ya no me acuerdo de lo que iba á decir.

—Me ponderabas la bondad y la belleza de Cecilia, en balde por cierto, pues que la conozco y sé que es verdaderamente un encanto; pero me preguntabas si me parecía natural...

—Eso es. ¿Te parece á tí natural?...

—¿Qué te haya dado calabazas? Me parece la cosa más natural del mundo.

—¡Muchas gracias! ¿pero qué idea tienes de mí?

—Muy buena idea: ya ves si tendré buena idea de tí cuando soy tu amigo. Pero eso no obsta para que crea que en ese asunto te has equivocado, no has sabido lo que has hecho, y tenía que sucederte lo que te á sucedido.

—No sé por qué.

—Pues ven acá, bájate de los vericuetos del romanticismo, ponte en lo llano, discurre seriamente y dime, ¿creerías tú con facilidad en el amor de una mujer á quien el día antes ó la semana antes hubieras visto enamorada del vecino?

—¡Ah! Tú crees...

—Que por lo mismo que Cecilia es formal y es buena, ha debido desconfiar de tí. ¿Qué quieres? Yo sé que tú, también eres formal en ese terreno, incapaz de mentir ni engañar á nadie, que de veras la amas, pero las apariencias te condenan. ¿Qué pruebas has dado; qué motivo tenía ella para creer que tu amor es tan leal y tan firme como dices? ¡Si era ayer todavía cuando!...

—Y tú crees que si hubiera yo tenido paciencia y constancia y hubiera sabido esperar á que Cecilia se convenciera de la sinceridad de mi amor...

En esto, subiendo por la calle del Caballero de Gracia, llegábamos á la Pastelería Suiza y entramos.

Un camarero muy fino, que nos conocía de habernos servido muchas veces en el Congreso donde tiene una sucursal la casa de Spescha, nos presentó la lista; mas como ni uno ni otro hicimos caso de leerla, se adelantó á decir:

—¿Quieren Vds. para empezar?...

—Cecilia... – dijo Luis distraído y como tratando de reanudar la conversación de antes.

Y efectivamente, puede decirse que almorzamos Cecilia para empezar, para continuar y para concluir, porque mi amigo no acertaba á hablar de otra cosa, y ni comió apenas, ni me dejaba comer á mí, obligándome á escuchar sus lamentaciones. Realmente estaba muy enamorado.

Una hora después llegábamos los dos al final de la calle de Embajadores y entrábamos en una casa que tenía un patio con un corredor por todo el cuadro, ó mejor dicho, con cinco corredores, pues cada uno de los cinco pisos tenía el suyo, al cual daban las puertas numeradas de las habitaciones, que así llaman los caseros y sus apoderados á aquellos cuchitriles.

Subimos los cien escalones que había hasta el corredor del piso 5.° y tirando de una cadenilla de hierro muy oxidada que colgaba junto á una de las puertas, junto á la señalada con el número nueve, se abrió ésta y entramos en un cuartucho donde había dos mujeres, un gato, un sofá viejo, tres sillas, dos con el asiento roto y una sin asiento, una mesa pequeña de chopo con dos libros desencuadernados y un altarcito de cartón encima, una máquina de coser y unas tiras de lienzo crudo.

La más joven de aquellas dos mujeres representaba como unos cuarenta años (tenía ventinueve) y conservaba en su rostro el sello de la hermosura aunque un poco borrado por haberle puesto ya encima otros dos sellos, el de la enfermedad y el de la tristeza.

Pepita, que así le llamaba su madre, se había casado á las diez y ocho años con un curial, no sé si escribano ó procurador, había vivido en una casa de nueve mil reales y había tenido un niño y una niña, ambos muy hermosos.

Cuando se creía muy feliz, y lo era en realidad, su marido hizo una trastada, y queriendo enmendarla con otra mayor se marchó á América. El primer año la escribió veinte veces, el segundo año dos, el tercero ninguna, y así sucesivamente. La pobre Pepita llegó á saber que se había hecho un perdido, que no se acordaba de su mujer ni de sus hijos para nada, y comprendiendo la necesidad de procurarse el sustento, no sólo para sí, sino para sus hijos y para su anciana madre tullida, que era la otra mujer que vimos en el cuarto, adquirió con sus últimos ahorros una máquina Sínger, donde hacía para una tienda de la calle de Atocha calzoncillos de á dos pesetas.

Por cada pieza la pagaban en la tienda tres perros chicos, con lo cual dicho se está que, aun trabajando todo el día en la máquina, ganaba poquísimo dinero.

Pero en cambio había ido ganando una enfermedad incurable. Cuando empezó á sentirse mal, la Conferencia la envió un médico, y por consejo de éste, además del ordinario socorro, se la daban unos bonos para tomar leche todos los días. Todo iba á ser en vano: la debilidad era cada vez mayor: los vómitos de sangre se repetían cada vez con más frecuencia; estaba tísica de remate.

—Ya ve V.,—me decía su madre, arrasados en lágrimas los ojos;—lo primero que la ha dicho el médico es que deje de coser en la máquina que la hace muchísimo daño; y no lo quiere dejar porque dice que si no cose no comemos.

—Es claro, – dijo Pepita con tono apacible. – ¿Qué les voy á dar, si no, á mi pobre madre y á esos ángeles de mi alma?... ¡Si viera V. qué hermosos están! ¡Ay, Dios! pero ¿qué será de ellos si yo me muero pronto? Crean ustedes que cuando pienso en esto...

Y también la saltaron las lágrimas.

En esto sonó la campanilla.

—¡Ay! – dijo Pepita dirigiéndose á la puerta, limpiándose los ojos y tratando de sonreirse, – ellos son: vienen de la escuela.

Se abrió la puerta y entraron en efecto los dos niños, que, como á mí me conocían ya de otras veces, vinieron á saludarme y á darme un beso. Rafael tenía diez años y María siete. Su madre y su abuela se deshacían con ellos en caricias.

Poco después nos despedimos y al bajar la escalera me decía Luis:—¿Qué será de estos niños? ¡Pobre madre!

—¿No te parece,—le dije,—que es casi tan desgraciada como tú?

—Ya sé que me quieres decir que es algo más, y tienes razón; pero eso no quita de que yo lo sea mucho... Y por supuesto, que este es un caso completamente raro: no me presentarás otro parecido.

—Puede ser que otro no se parezca del todo á este, pero en fin, tú me lo dirás luego.

Diez minutos más tarde estábamos en las Peñuelas en una buhardilla, donde no se podía uno poner derecho, alumbrada hasta cierto punto por una tronera del tejado y habitada por un matrimonio joven que tenía dos niñas, una de ellas muda, y un niño de pecho que se estaba ahogando de la tos ferina. El marido era peón de albañil y hacía dos meses que no tenía trabajo: todos los días se corría todas las obras de Madrid y volvía á su casa con mucho cansancio, muchas ganas de comer y muchísimas malas contestaciones. La mujer vendía por la calle medias y calcetines que la fiaban en un comercio, pero hacía cuatro días que no podía salir por la enfermedad del niño. La niña mayor lloraba y la segunda aullaba de hambre.

—Dios les bendiga á Vds.,—nos dijo la pobre mujer,—hoy no nos hemos desayunado.

—Tampoco cenamos anoche,—añadió la niña que hablaba.

—¿Qué te parece de estos?—le dije á Luis cuando bajábamos;—¿serán más desgraciados que tú?

—Déjame, por Dios,—me contestó,—que voy muy preocupado. Es imposible un desamparo mayor que este.

Subimos de las Peñuelas por el Arroyo de Embajadores, que es un arroyo sin agua, pero muy sucio. Entramos en una casucha vieja y ennegrecida donde había un olor insoportable. Después de recorrer un pasillo largo, estrecho y oscuro llegamos á un cuarto más oscuro todavía, después de ser pequeño hasta lo increíble. En una de las esquinas se acurrucaba un hombre medio desnudo arrebujado en una manta vieja: en otra había algo así como un jergón muy disimulado encima del cual se percibían dos bultos que podían ser dos niños, y en otra, resguardado por una especie de paredoncillo de media docena de cantos, había un poco de lumbre.

Después que se fué acomodando la pupila á aquella oscuridad, vimos que en efecto los bultos del jergón eran dos niños. Tenían viruelas. El uno como de cinco años se acababa de morir, y el otro estaba agonizando. El padre, atacado probablemente de la misma enfermedad, pues tenía una calentura como un toro, después de enterarse de que íbamos á verle en nombre de la Conferencia nos decía, tratando de explicarnos su situación, con voz fatigosa:

—Yo era mozo de cordel en Albacete y me vine á Madrid creyendo que en la corte se ataban los perros con longaniza. Me recogí aquí provisionalmente... No encontraba trabajo ni ocupación... A los pocos días cayó mi mujer enferma de viruelas... Vino por aquí el señor cura de la parroquia, y viendo la pobreza en que estábamos nos dió una limosna y dijo que nos recomendaría á la Conferencia. Murió mi mujer hace ocho días... Después cayeron con viruelas los dos niños, el mayorcico se ha muerto esta mañana, y la niña, que es un poco mayor que él, ha ido á avisar á la parroquia para enterrarle... Y lo peor es que yo también estoy mal y no sé qué va á ser de esas criaturas...

—Tenga V. confianza en Dios, amigo,—le dijo Luis,—y pídale consuelo y paciencia, que bien lo necesita.

—Sí, señor, sí,—contestó el pobre. – ¡Estoy pasando una temporada!... Vale Dios que me acuerdo de que todavía estarán peor otros infelices que no tendrán ni siquiera un cuarto como este y tendrán que dormir en la calle...

Luis se llevó el pañuelo á los ojos.

– Tenemos que ir á ver al ecónomo de la parroquia,—me dijo cuando salíamos de la casa;—porque la limosna que dais de la Conferencia es muy buena y muy santa, pero es insuficiente para estos casos extraordinarios. Le voy á dar al señor cura lo que me había de costar el teatro en todo este mes, para que provea de sustento y abrigo á esta pobre familia. ¡Qué desolación tan grande!

Cuando volvíamos hacia el centro de Madrid, después de haber visitado al señor cura de las Peñuelas y haberle dado un billete de veinte duros para atender á aquellos desgraciados, Luis no hablaba.

—¿En qué piensas?—le dije para sacarle de su silencio.

—En que D. Pedro Calderón, además de ser un gran poeta, era un gran filósofo.

—¡Ah! lo dices por aquello de los dos sabios de *La vida es sueño*.

—Sí, porque debía tener un gran conocimiento del corazón humano; porque parece que estaba viendo el mío, parece que por mí escribió aquello de

« . . . . . á esta parte
Hoy el cielo me ha guiado
Para haberme consolado,
Si consuelo puede ser
Del que es desgraciado, ver
Otro que es más desgraciado.»

—¿Es decir, que ya no tienes seguridad de ser el hombre más desgraciado de la tierra?

—No, ni con mucho. No sabe uno lo que dice las más de las veces.

—¡Hombre, hombre! ¿es posible que ya no pienses en Cecilia, ni te parezca tan hermosa?...

—No exageres: me parece lo mismo que antes y ni puedo ni quiero olvidarla. Lo que hay es que, estableciendo comparaciones, con toda mi desgracia soy felicísimo.

—Sí; porque has visto que hay otros que cogen las hojas...

—Es verdad; porque

Veo que las penas mías
Para hacerlas alegrías
Las hubieran recogido

todos esos que hemos visto esta tarde.

—¡Y tantos otros, Luis, y tantos otros!

ANTONIO DE VALBUENA

LA HISTORIA EN EL LENGUAJE

Cada vez los estudios históricos pierden más y más su primitivo carácter anecdótico, que los reducía á simples narraciones de sucesos. Lo interesante en el fondo era

la biografía de los personajes influyentes de un pueblo ó de una época.

Pero hoy, considerado el individuo, nó como un ente solitario, sino como un ser de una especie, el estudio de la especie humana es la base de las investigaciones del historiador. Hoy no es el HOMBRE el asunto primordial de las reflexiones del filósofo: lo es la HUMANIDAD ENTERA. El famoso CONÓCETE Á TÍ MISMO del oráculo de Delfos no tiene actualmente sentido en singular: para conocerse el hombre no ha de estudiarse únicamente en su conciencia solitaria: ha de estudiarse en su especie: en la pluralidad: en las obras de sus semejantes.

Y ¿qué puede contener enseñanzas de mayor generalidad que el lenguaje, patrimonio común de nuestra raza?

Nada, pues, tan instructivo como el estudio de las palabras: nada tan demostrativo del progreso como el de las acepciones sucesivas de las palabras mismas.

HUMANIDAD en el latín del siglo de oro significó *afabilidad* y *cortesía*, *regalos presentes*, *liberalidades:* significó también *cultura*, y, por extensión natural, *erudición*, *culto por las letras*, *bellas letras:* por último, significó, la condición propia de hombre, la *naturaleza humana;* pero ni para Plinio, naturalista, ni para Séneca, dramático, ni para Cicerón, filósofo, la HUMANIDAD significó jamás el *Género Humano;* – que, para tan elevadísimo concepto, se necesitaba una civilización muy superior á la Romana, que consagraba la inferioridad política de la mujer, la esclavitud del vencido, y el odio al extranjero.

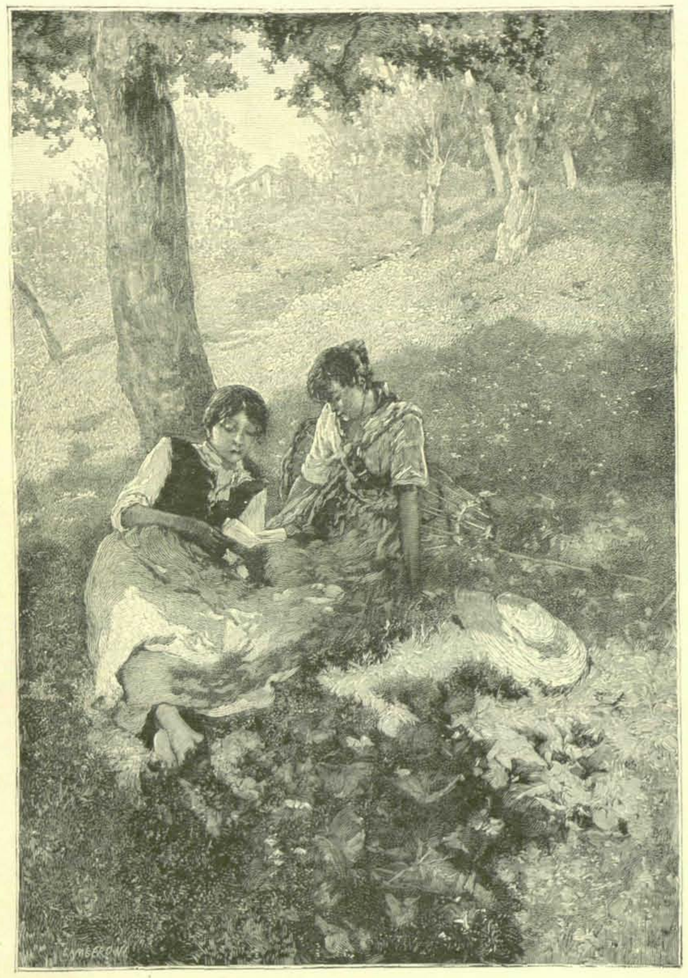
En las lenguas primitivas no hay palabras abstractas; y por eso se dice que el lenguaje de los pueblos adelantados es una POESÍA FÓSIL. En efecto, para las grandes concepciones del entendimiento, es preciso que las multitudes pierdan la conciencia etimológica. Es preciso no ver en imagen, sino en idea.—El verbo *estar* no se encuentra en el habla de muchas poblaciones negras. Los europeos tienen obligación de dirigir á un negro frases por este estilo: *trae el fusil que* VIVE *en tu choza*. Semejantemente es en Andalucía muy común el decir (por metáfora, ya que no por inopia de la lengua), ¿dónde MORA *mi bastón! ¿por dónde* ANDARÁN *ahora mis guantes?* STARE, *tenerse-en-pie* ha de perder su significación concreta de *estar en una posición determinada*, para hacerse vocablo propio de un pueblo adelantado.—Lo mismo ha de haber sucedido con los verbos de significación actualmente más lata en las naciones muy civilizadas, tales como HABER, TENER y SER. Mientras *haber* significó *tener firmemente sujeto* (de donde la acepción latina de *riendas*, *jarcias*, *disciplina);* mientras *tener* concretó su acepción á *tener entre las manos*, *poseer*, *cautivar*, *echar raíces;* mientras *ser* no obliteró sus afinidades con la noción etimológica de *estar sentado*... fué imposible que las abstrusas ideas generales representadas por las actuales acepciones de esos verbos, penetrasen en la inteligencia humana, por falta de instrumentos ó signos adecuados.—GAS, con el significado de *fantasma;* ó de *espíritu*, no habría servido para expresar *fluído aeriforme*, según la acepción que le dió Van-Helmont.—*Pila* sellama ahora al conocido conjunto de vasos, ácidos y zinc (ú otros medios), no superpuestos *ni en forma de pila*, como en los primeros experimentos de Volta, sino conexionados entre sí y á continuación unos de otros *horizontalmente:* más aún, *pila* es ahora *generador* de electricidad. —Pero ¿qué más? ¿Tenían al principio del siglo la significación que actualmente las palabras *vida*, *energía*, *evolución*, *selección*, *lucha por la existencia* y tantas más?

Es tan natural el uso de la metáfora y de la sinécdoque, que jamás dejará el lenguaje de enriquecerse por su medio. *El infierno está* EMPEDRADO *de buenas intenciones: la diligencia es la* MADRE *de la buena ventura: los barcos de vapor* LLEVAN EL VIENTO *en la bodega*... son expresiones que adopta el lenguaje, nó por pobreza ni carencia de otros medios, sino por lo que tienen de imaginativo y de poético.—SALE *el sol* es frase que, por personificar, no cede á la más general de AMANECE, y miles á este tenor. Pero, en enorme número de casos, se perpetúan en los idiomas, por verdadera pobreza, frases que, tomadas literalmente, resultan ilógicas ó absurdas.—*La casa* HACE ESQUINA, *los balcones* MIRAN *á la plaza*, *las ventanas* CAEN *á la calle*... son *señas* de uso corriente, é irreemplazable. Y, sin embargo, ni las casas HACEN cosa ninguna, esquinas inclusive; ni los balcones MIRAN porque carecen de ojos; ni las ventanas CAEN, por estar muy firmes.

PÚSOSE EL SOL; mas nó, que no se puso;
¡oh qué pronto que he dado en el abuso!
Dime, inventor de frase tan maldita,
¿Cómo SE PONE el sol cuando *se quita?*

El parentesco de los pueblos es muy fácil de probar, y hasta se impone cuando resulta ser el mismo su vocabulario y el sistema de formación de sus palabras, y hasta el de su lenguaje imaginativo. No es necesaria la *identidad de las palabras*, sino la *identidad del procedimiento*. Sabido es que el clima, la propensión á ahorrar tiempo y esfuerzos, así como otras muchas causas hacen que la pronunciación, – los sonidos constituyentes de las palabras, – cambien en cada lengua, y el estudio moderno ha descubierto las leyes de estos cambios. Los vocablos, pues, de un idioma resultan, en virtud de esas leyes, constantemente transformables en otros muy distintos de otro idioma procedente del mismo tronco que el primero; por lo cual, habida cuenta de esa convertibilidad, vocablos muy distintos de varios idiomas aparecen completamente afines: es más, enteramente hermanos. Y ¿quién, al ver que dos pueblos muy distantes entre sí y privados de medios de mutua comunicación, hablan con las *mismas*, aunque no precisamente *idénticas* palabras, puede negarse á admitir que ambos pueblos vivieron juntos algún día?

Al ver el parecido de los seis idiomas románicos (italiano, español, portugués, francés, rumano y rético), ¿quién pudiera negarse á concluir (caso de ignorarse que proceden todos del latín vulgar) que tanta semejanza es la consecuencia natural de pertenecer todos á una misma familia?



Á LA SOMBRA, cuadro de Luis Rossi

Pero aquí pudiera haber surgido una grave cuestión histórica. ¿Es alguno de ellos *lengua-madre* de todos los demás, ó bien, son todos *hermanos* hijos de una madre común? Caso de ignorarse su filiación, ¿podría la ciencia haber resuelto el problema?

Sí; y esto es lo que ha sucedido, nó al tratarse de los seis idiomas románicos, cuya procedencia del latín nos consta sin ningún género de duda; pero sí al tratarse de los idiomas indo europeos; (sánscrito, zenda, griego, latín, gótico, lituanio, eslavo, céltico...) ¿Fué, como algunos pensaron algún tiempo sin razón, el sánscrito padre del griego y del latín..., ó bien todos proceden de otra lengua ya perdida?

La respuesta científica ha costado á lingüistas y filólogos inmensa suma de laboriosidad, y ha podido resolverse satisfactoriamente al fin, considerando que una *lengua madre* debe ofrecer en su estructura un tipo de formación consecuente siempre consigo propio; y, como esta armonía típica no se observa ni en el sánscrito, ni en el zenda, ni en el griego, ni en ninguno de los demás dialectos de la hoy perdida lengua primitiva, de aquí el haberse reconocido que son ramas de un solo tronco, pero nó el tronco mismo. El tipo está diseminado en todos, mas en ninguno individualmente se ostenta en su perfecta y rigorosa integridad.

Y he aquí ya una primera inducción histórica. Nosotros hablamos todavía con radicales usados por los ARIAS, nombre dado á nuestros primitivos antecesores de la raza indo europea, cuando vivían al Norte de la Bactriana, mucho antes de que las colonias ARIAS se dividieran en pueblos y naciones diferentes.

Y ¿qué radicales son estos? Los comunes á todas las lenguas denominadas indo-europeas. *Toro*, *vaca*, *becerro*, *becerra*, *caballo*, *potro*, *asno*, *cabra*, *oveja*, *puerco*, *ganado*, *ratón*, *mosca*, *ánsar*..., los numerales *uno á diez*, *once*, *veinte*, *ciento*, *padre*, *madre*, *hermano*, *hermana*, *hija*, *suegro*, *suegra*, *yerno*, *nuera*, etc.

Y ya con ésto, ¿no hay materiales más que suficientes para inducciones históricas de la más alta evidencia?

El pueblo que tenía tales vocablos, indudablemente hacía una vida pastoril; pero su estado social era ya muy adelantado. La constitución de la familia era la misma que la nuestra, y dependiente de consideraciones del más alto orden moral. La voz PADRE no viene del concepto directo de generador, sino de otro mucho más elevado: procede de un radical que significa *proteger*, *alimentar*, lo que indica que al padre incumbía ya entonces proveer al *sostenimiento* de la familia. *Madre* era un símbolo de cariño; perdida una, muy anterior, acepción etimológica: *hermano* derivaba de otro radical que implicaba la idea de *ayudar*, y la voz *hija* encierra todo un idilio; pues, viene de una raíz cuyo significado dice relación con las costumbres de un pueblo primitivo, del verbo *ordeñar;* por manera que *hija* venía á valer tanto como *proveedora de la leche del ganado;* oficio de gran importancia en un pueblo de vida pastoril.

Y, así como en nuestras lenguas modernas multitud de expresiones se establecen poco á poco, por más que pugnen con su origen y sentido etimológico, por ejemplo, *cuarentena* de *siete* días, así también el vocablo que equivalió á *vaquero* perdió desde los tiempos más antiguos su conciencia etimológica, y apareció sucesivamente en la forma de *vaquero de caballos*, luego en la de *guardador de ganados*, esto es de pastor, y, por último, se hizo sinónimo de *rey*. Hoy, de un modo análogo, se denominan *pastores* los sacerdotes protestantes, custodios que se dicen de almas, nó de ovejas.

El estudio de las lenguas, cuando se profundiza filosóficamente, conduce á inferencias de un orden inesperado y que nada tiene que ver con la gramática. Sabido es que, sólo á la influencia inglesa se debe el que empiece á caer

INSTITUTO DE ARTE

EL OCTAVO NO MENTIR, cuadro de Noé Bordignon

en desuso la bárbara práctica existente en la India de quemar á la viuda cuando muere su marido. Hubo eruditos que, fundados en el estudio de las costumbres, juzgaron relativamente moderno tan cruel rito brahmánico (cuyo origen data de una alteración del texto introducida por los sacerdotes de la India en el sagrado libro del Rigveda); pero la filología solamente ha podido suministrar la prueba de que en lo antiguo no se quemaba en la India á la mujer del difunto. *Viuda*, etimológicamente, significa *mujer sin marido;* y claro es que no habría podido haber VIDHAVAS si todas hubiesen sido irremediablemente quemadas con los cadáveres de sus maridos. Perdida la conciencia etimológica, apareció el nombre de *viudo*, que es un perfecto absurdo etimológico.

El estudio de las lenguas indo-europeas prueba la existencia de los radicales *casa*, *puerta*, *empalizada*, *población*, *constructor*... luego la vida de los Arias no era enteramente nómada y pastoril. Practicaban la agricultura, pues en todas las ramas lingüísticas de la familia aria aparecen los radicales de *arar* y de *arado:* tenían ya industrias, pues en todas existen también los de *moler* y de *molino*, de *tejer* y de *coser: araña* significa *tejedora-de-lana:* conocían el *hacha* y *la espada*, luego labraban metales; y tenían *rutas* y *puentes*, lo que por sí solo probaría un alto grado de civilización, si ya la existencia de un buen sistema de numeración no lo evidenciara brillantísimamente.

Los Arias, pues, durante mucho tiempo y antes de separarse, se multiplicaron en existencia tranquila, viviendo del producto de sus ganados y de la labranza de sus campos, y santificando y quizá poetizando los sagrados vínculos de la familia. Conocían la propiedad, puesto que ARIA, significa *noble*, *ilustre*, *propietario*.

Después, se separaron; y la disparidad de los radicales posteriores lo prueba incuestionablemente. Los nombres de los utensilios de guerra y de caza, los de los actos emparentados con estos ejercicios, los referentes al mar y sus productos, que nunca los Arias habían visto antes... difieren en los dialectos derivados de la lengua primitiva. También difieren los nombres de la fieras no conocidas de los pastores de la Bactriana. Los Arias no sabían contar más que hasta *ciento*, pues la raíz de la voz MIL difiere de un dialecto á otro.

Sólo la influencia de nuevos climas y de nuevas localidades podía dar, y en efecto dió, individualidad á los dialectos que, después de su salida de la Bactriana hablaron nuestros antiquísimos ascendientes.

Y, aplicando á cada una de estas nuevas individualidades lingüísticas la misma clase de inducciones filológicas, es como ha llegado á trazarse con visos de gran probabilidad histórica, el itinerario de cada una de las colonias desprendidas de la patria primitiva.

Y he ahí el cómo ha podido establecerse la historia de la peregrinación de las colonias de la Bactriana.

Los que con el tiempo conquistaron la India caminaron hacia Oriente, mientras que los lituano-eslavos, los germanos, los celtas, los latinos y los griegos emigraron hacia Oriente. Sin duda estos viajes no se verificaron de seguida, y sin grandes paradas en los inmensos países recorridos; y, la influencia de estas detenciones y residencias en comarcas nuevas y en diversos climas produjeron variantes dialectales en los tipos propios de la lengua-madre, según modos de eufonía y de ahorro, y procedimientos de articulación propios; lo que engendró diversidades, conforme á reglas que pudiéramos llamar regionales, de donde *naturalmente*, se originaron todos los idiomas nuevos de las colonias Arias; pues es constante que las diferencias geográficas implican diferencias características entre los pueblos todos.

He aquí cómo la ciencia del lenguaje, en medio de la noche más lóbrega, donde ni aun conjeturas ofrecía la tradición, ni existían documentos de ninguna clase, ha sabido encontrar la historia de esta raza blanca, privilegiada por su hermosura y su inteligencia, que en el seno de una naturaleza pródiga, vivió de su trabajo en sociedad pacífica, y se multiplicó y perfeccionó grandiosamente, hasta poder llegar á dominar un día en todas las regiones de la tierra.

E. BENOT

FÍSICA SIN APARATOS

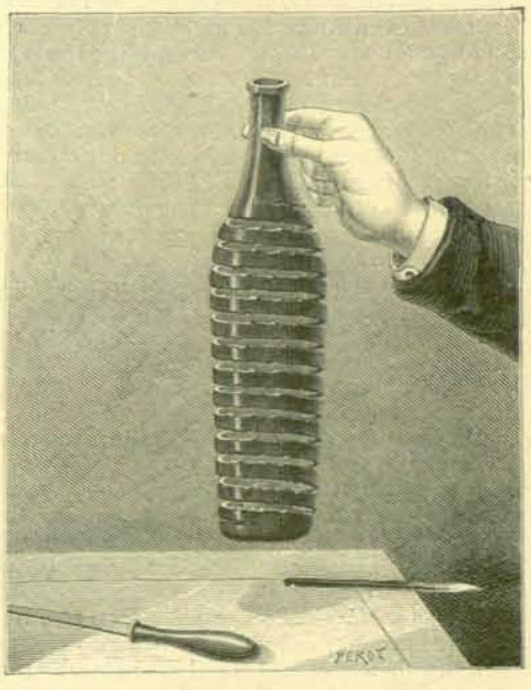
PROCEDIMIENTO PARA CORTAR EL VIDRIO Ó CRISTAL.—Para cortar el vidrio emplean los químicos diferentes procedimientos harto conocidos en los laboratorios, pero bastante ignorados de los que no están iniciados en las manipulaciones prácticas. Describiendo estos procedimientos, esperamos hacer un servicio á nuestros suscritores.

Para cortar los tubos de cristal de diferentes diámetros, el procedimiento más sencillo consiste en el empleo de una lima triangular. Humedécese ligeramente el ángulo de la lima y se le hace obrar como una sierra en la parte del vidrio que se quiere cortar. Luego que la lima ha mordido trazando un surco aparente, el tubo se rompe fácilmente por la parte señalada si se le da un golpe en vago.

Si se trata de cortar el cuello de una vasija de cristal, puede rodearse este cuello con una torcida de lamparilla empapada en alcohol y encenderla. El cilindro de vidrio se romperá de suyo á la acción del calor, precisamente por la parte marcada por la torcida.

Una varilla de hierro incandescente, pasada por la parte conveniente del cuello, puede dar el mismo resultado.

El carbón Bercelius es recurso más eficaz todavía para cortar vidrio ó cristal. Consta este carbón de 180 gramos de humo de imprenta, mezclados con 60 gramos de goma arábiga, 25 de goma adragante y otros 25 de benjuí desleídos en agua. Con esta pasta se hace una especie de lapiz, que seco después y enrojecido á la llama corta el vidrio por dondequiera que se pasa. Comiénzase la operación por una señal de lima, y con calma y paciencia se llega á tallar en espiral una botella, á favor de este procedimiento, como indica la figura. La botella queda así trasformada en un verdadero resorte elástico.



Botella cortada en espiral

Para cortar un vaso de cristal á cierto nivel, se puede emplear el medio siguiente:

Se echa aceite en el vaso hasta el nivel señalado para el corte y se sumerge en el líquido un hierro enrojecido al fuego. Bajo la acción del calor, no tardará el vaso en henderse precisamente por el nivel marcado por el aceite.

(Tomado del periódico: *La Nature*)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN